

EL BARRIO: DE FRAGMENTACIONES E IRREDUCTIBILIDADES

Bruno Cárdenas M.¹

Resumen

El presente artículo caracteriza los aspectos propios al barrio, entendido como un espacio público, territorial, fragmentado de la ciudad, que genera su dinámica a partir de la proximidad en las prácticas sociales, culturales y de convivencia cotidianas, pero, al mismo tiempo, su composición no uni-

forme y el peso identitario dan lugar a situaciones de conflicto, segregación y no aceptación de nuevas fragmentaciones.

Palabras Clave: Barrio; cultura; ferias libres; vecindad; fragmentación interna.

Abstract

This article characterizes aspects belonging to the residential district, understood as a public space, territorial, fragmented of the city, that generates its dynamic starting from the proximity in social, cultural practices and from daily coexistences, but, at the same time, its non-uniform composition

and identity weight give place to situations of conflict, segregation and inacceptance of new fragmentations.

Key Words: Residential district; culture; free markets; neighborhood; internal fragmentation.

¹ Universidad de Los Lagos, Chile. E-mail: bcardena@ulagos.cl

1

Etimológicamente la palabra proviene del ár.hisp. *bárrī* = exterior, es decir, espacio territorial alejado del centro urbano, figuradamente, a los pies de ella, de ahí 'suburbio'. Si lo entendemos como un grupo de casas de una ciudad, derivaría de 'vici', ya que 'vicus' hace las veces de ciudad, esto es de 'via' = calle y espacio, siendo el 'vicinus' el que vive en los mismos espacios visto como una relación primaria. Luego, 'vicus' es el barrio, es decir, el espacio de un colectivo que se organiza desde sus prácticas sociales ('cives' =ciudadano); de este modo, el barrio concentra la vida y las cotidianidades del día a día de las personas propias a ese entorno.

En un sentido léxico más amplio, se relaciona con 'orbis', de 'urbs' =urbe, es decir, círculo, que es propio a la idea recurrente y simbólica de comunidad, vale decir, que se cierra sobre sí misma del modo como lo puede ser un espacio territorial, desde el cual se generan los signos de identidad. Visto así, el barrio y la vecindad se entenderán como fragmentos urbanos de espacios acotados, entendiendo que en ellos es probable la existencia de rasgos característicos y problemáticas propias.

2

Precisar el tiempo, las causas y el modo en el surgimiento del barrio es una tarea de investigación de historicidad prolija, que no es el propósito del presente artículo, al menos sí se puede afirmar que no es posible hablar de barrio sin la existencia de lo urbano, así nos lo define la RAE.: " cada una de las partes en que se dividen los pueblos grandes o sus distritos". No obstante, de esas partes no siempre nos hablan los textos históricos, más bien lo hacen de las urbes y de ellas los lugares simbólicos, rituales y de ciudad entendida en su materialidad y como espacio fundacional por parte de los naturales del país, por consiguiente, las urbes erigidas por los propios ciudadanos se denominaban 'civitates', y éstos se vertebraban en relación con los lugares públicos de reunión – el ágora o plaza – en torno a la cual prontamente se construyeron los poderes representativos, tanto políticos, religiosos, como las propiedades de las familias pudientes. En cambio, los grupos de artesanos, constructores y albañiles se fueron estableciendo en la periferia o en sectores delimitados, del modo como hoy se organiza el comercio establecido "especializado" por sectores o calles: la de los repuestos de automóviles, la de las mueblerías, entre otras.

De lo anterior inferimos que los barrios fueron constituyéndose por artesanos y personas que desempeñaban oficios manuales, así como por los desplazamientos de campo a ciudad, especialmente a partir de la industrialización con la creación e instauración de fábricas y, luego, el establecimiento de grupos étnicos carenciados, es decir, se va generando un espacio territorial que se crea sectorializado por el hacer laboral y de búsqueda de trabajo manual, del modo como la ciudad y su ágora se constituyen por las relacio-

nes de poder. Visto así podrían entenderse barrios sectorializados en función del tipo de ciudad; recordemos al respecto que la división provincial de Chile hasta antes del proceso de regionalización, identificaba a algunas provincias – ciudades y pueblos- por su producción, de este modo la Provincia de Osorno era “Agrícola y Ganadera”.

El barrio, visto desde una mirada germinal, se nos presenta como un espacio a partir de la verbalización, que es el criterio primario de encuentro comunitario, de conocimientos, junto con las afectividades y emociones, unas veces estimulantes y, en otras, con una fuerte carga de rechazos, exclusiones y estigmatizaciones; en cualquier caso se trata de actitudes eminentemente prácticas.

El barrio es el espacio que está alrededor de la vida, esto es, la familia, los amigos, las formas de diversión, los noviazgos, es decir, la cotidianeidad de la existencia personal y social, lo subjetivo y objetivo, que se vive y que luego va a ser compartida por distintos actores con los cuales se conforma el cuerpo social y que, a su vez, se interrelaciona por cuestiones laborales con la sociedad funcional moderna. En términos orteguianos, podríamos decir que es la circunstancia vital más inmediata después de la familiar, de aquí se sigue que el barrio sea el espacio externo más próximo a lo propio, como es el domicilio. Es en este entorno donde es posible que surjan las más variadas prácticas de relaciones interpersonales y sociales, así como las diferencias patentes y latentes de las otras vidas que conforman la comunidad con sus usos de aproximación, que hacen posible establecer relaciones de sociabilidad.

Siguiendo el razonamiento anterior, los barrios son espacios en donde se puede – y así sucede – manifestar de manera compartida situaciones que identifican al colectivo como pertenecientes a una misma territorialidad, por ejemplo, desde celebrar una fiesta, sean familiares, religiosas, creencias, ritos, actividades recreativas, hasta las maneras de organizarse. De este modo, en lo social existirán los centros de madres, las juntas de vecinos, los comedores infantiles; en lo económico estarán los talleres laborales, pequeñas cooperativas, empresas autogestionadas; en lo cultural, las agrupaciones folklóricas y artísticas en general, las ligas de fútbol de los barrios; en lo religioso, las comunidades de bases, los grupos de oración, los centros bíblicos e iglesias de distintas confesiones y también otras manifestaciones prácticas de religiosidad popular como, por ejemplo, el de las animitas que tienen una marcada identificación con los márgenes.

Sin duda, los barrios tienen que ver con la vida desde sus expresiones más espontáneas hasta las más simbolizadas; por consiguiente, son lugares privilegiados para la creación de culturas y manifestaciones colectivas, siendo en este sentido espacios territoriales propicios para la descentralización de la oferta urbana de las actividades culturales, de manera que los ciudadanos, los vecinos, pueden realizar una cultura no profesional, ya que allí las posibilidades de hacer y desarrollo artístico de aficionado encuentran el lugar más apropiado lo que, a su vez, permite dar cuenta de una mirada de vida cotidiana en el conjunto de yuxtaposiciones, fragmentos, tradiciones, memorias, comportamientos, esperanzas, códigos, visiones de futuro, símbolos en y entre los cuales se vive.

Ciertamente que al hablar de cultura nos vinculamos con un concepto de suyo complejo, pues en él se incorpora un amplio repertorio de ideas, pero que circunscritas al barrio tienen una mayor proximidad en términos de compartir y aunar visiones de mundo sobre unos mismos temas, comportamientos y actitudes que permitirán caracterizarlos – y diferenciarlos- de otras comunidades culturales. La cultura es uno de esos conceptos que admite una gran variedad de miradas, por lo mismo, su definición tiende a realizarse desde su caracterización, por ejemplo, las relativas al medio geográfico territorial; las características demográficas y étnicas; las prácticas de conductas relacionadas con ceremonias, creencias, festividades, convenciones sociales; las relaciones de familia y género; los contactos corporales verbales y no verbales (saludos, despedidas); los hábitos cotidianos como las compras, las aficiones, las comidas; la lengua, sus variables y su literatura; los comportamientos frente a la vida en relación con la salud, las enfermedades, los velorios y los sepelios; los mitos, las leyendas, las supersticiones y situaciones humorísticas, entre otras. Es decir, en este conjunto de rasgos que constituye la cultura se involucran aspectos de contenidos propios como las costumbres y creencias, pero también los componentes simbólicos como el lenguaje y demás instrumentos y componentes de aprendizaje, todos los cuales tienen su residencia en las situaciones de la vida diaria siendo esta habitualidad un componente fundamental de la cultura.

Es a partir de ceremonias, ritos, conmemoraciones, costumbres y toda la dinámica cultural que el barrio se construye, representa y es construido como un conjunto de significaciones no sólo espaciales, sino ideológicas, ocupacionales, aspiracionales, recreacionales, que se manifiesta en producciones de sentido del imaginario urbano, ejemplo de ello es, justamente, el cultivo de ciertas tradiciones, como el paseo de verano a la playa en la ciudad de Osorno, a través del programa familiar del municipio “Turismo Popular”, en el que las familias se trasladan a la playa en microbuses que durante la semana son del recorrido urbano, trasladándose con todos los utensilios de la cocina para repetir el rito culinario de “cocinar” en la playa.

De cualquier manera, se trata de rasgos característicos que tienen un gran valor en sí y que al ser compartidas, se entienden como conjuntos articulados de prácticas que permiten dar cuenta de un sentido de identidad cultural al barrio, lo que significa la vertebración de este tipo de espacios territoriales en relación con sus componentes, vistos desde las prácticas, de simbolización e identidad entendidos como productoras de sentido, en unas relaciones de horizontalidad que hacen posible que los vecinos del barrio no sólo compartan territorio, sino que puedan realizar la integración social desde los primeros años, con lo cual se producirá una prolongación en el tiempo y, con ello, el aseguramiento poblacional y la ampliación del universo.

El barrio, al asociarse con las creaciones con matiz de lo propio, se relaciona con las manifestaciones propias del pueblo y con sus espacios territoriales de dominio como ocurre con los ambientes de recreación y encuentros sociales, religiosos, económicos, tal es el caso de las Ferias Libres de los barrios. Éstos son espacios vecinales públicos que posibilitan oportunidades para la más amplia oferta de productos comerciales, so-

ciales y culturales dada la variedad de las ofertas desde chacarería en general a tarotistas, cantantes de música tropical y ranchera, predicadores de la palabra de Dios, estudiantes que venden ropa usada, libros y, en general, todo un amplio repertorio de liberaciones sociales y culturales representadas por personajes que la construyen, desde los comerciantes establecidos, productores que allí acuden a “buitres”, nombre con el que se identifica a una suerte de revendedores, inescrupulosos, que se valen del engaño. También están los dedicados a un solo rubro, generalmente de acuerdo con la producción de temporada, por ejemplo, “los paperos”, “los chocleros”, entre otros. De manera más exterior, es posible descubrir un repertorio de personajes como los fleteros, los acomodadores de vehículos- que se diferencian de los cuidadores -, los predicadores, hasta los inspectores.

Se trata de espacios que tienen su público consumidor, que es el cliente que acude masivamente cada fin de semana, sin importarle el desorden casi caótico que se vive especialmente en las primeras horas de funcionamiento de la feria, absolutamente contrastante con las lustrosas manzanas, tomates y demás que se encuentran en los supermercados en donde el aspecto estético pareciera estar dando cuenta de un valor agregado.

En las ferias libres se representa, en su funcionamiento, uno de los rasgos más propios al barrio como es la idea de igualdad entre el colectivo. En este caso todos son dueños de su trabajo, al decir de los feriantes “no hay patrón” y todos venden operando de modo similar: ventas en dinero efectivo. Del mismo modo, la comercialización de los productos se realiza en igualdad de condiciones, pregonando la mercadería, esto significa que no existe la propaganda publicitaria previa, esquema en el que se desenvuelve el comercio establecido, que redundaría en diferencias notables según la capacidad económica, con lo cual se produce una desigualdad de la competencia entre los más poderosos y los modestos. Otro aspecto es que, habitualmente, la mercadería no tiene su precio a la vista, situación que es más propia a los locales establecidos, de tal manera que se establece una relación de equilibrio en términos de negociación del producto entre vendedor(a) y comprador(a).

Ciertamente que se producen algunas asimetrías; sin embargo, éstas son más circunstanciales y externas a la situación; por ejemplo, en la zona sur del país las condiciones atmosféricas inciden por la posibilidad siempre presente de la lluvia, o bien, en temporada de calor, ya que alguna mercadería se marchita o se “chupa”, todo lo cual tendrá incidencia en los precios: disminuye el público, hay que vender pronto la mercadería, etc.

En el caso de las ferias libres en los barrios de la ciudad de Osorno, el elemento que da fuerza y categoría al producto es el “ser de la zona”, cuyo subtexto pareciera estar aludiendo a las desventajas de los mismos productos venidos de la zona central: regadío con aguas servidas o sucias, contaminación y otros problemas que no se viven con la misma intensidad en la provincia del sur. La proximidad barrial de estas ferias se da, además, por las formas de tratamiento que es, por una parte personal y, por otra,

afectiva de relativa igualdad y familiaridad -“la casera(ita)”-, lo que le confiere un potente rasgo de identidad comunitaria.

Al respecto conviene precisar que genéricamente la feria libre tiene un sello femenino situándolo en la esfera vendedora-compradora. En el caso de los hombres de esta esfera, especialmente vendedores, asumen allí algunas tareas que en el imaginario son identificables con el quehacer femenino: desgranar arvejas, habas, limpiar el apio, etc.

De la idea inicial, un tanto caótica de la feria libre, hemos observado que se siguen unos determinados ritmos, trayectorias casi pauteadas, es decir, el hacer práctico tiene una estructura interna, pues se siguen unas determinadas ceremonias multipersonales, públicas, entendidas como secuencias normativas puntuales y cíclicas, tanto temporales referidas a día, horario de apertura y finalización, como topológicas referidas a los espacios de las calles del barrio, las asignaciones territoriales para cada feriante entre otras (será materia de otro trabajo el tratamiento específico de las ferias libres y los discursos y su funcionamiento que identifiquen esos espacios territoriales).

3

La idea de barrio, como hemos referido, funciona según una mayor o menor proximidad en relación con el hogar, en tal caso el concepto más preciso es el de vecindad y que puede ser la cuadra, la manzana o un espacio más ampliado de acuerdo a variables espaciales; sin embargo, visto desde la perspectiva del concepto de vecino, el valor semántico que está operando es el de proximidad, significa el que está al lado, enfrente, en la misma cuadra o aldeaña.

La precisión del significado importa, porque a partir de la proximidad se crean lazos propios del vivir juntos, el convivir, es decir, generar ambientes de sentimientos, emociones, el compartir la cotidianeidad, la solidaridad, compartiendo los ambientes propios de la vecindad, esto es del conjunto de las personas de las inmediaciones.

Este espacio territorial, constituido simbólicamente por el hogar, el vecino y la vecindad, signos todos de valoración semántica positiva, significa el establecimiento de conexiones entre la familia y los demás, la sociedad próxima entre un yo y los otros y un nosotros y ellos mirados desde la amplitud barrial. Son estos espacios, desde los más inmediatos luego de franquear la puerta del hogar hasta los de mayor base territorial, en donde se generan lazos de identidad en relación con los demás miembros del colectivo. En consecuencia, el espacio es determinante por cuanto constituye el territorio del enraizar, de echar o criar raíces, de manera que en cada instante que el sujeto regresa está reactualizando y resignificando el valor de pertenencia con sus usos y costumbres.

En el sustrato de la idea de pertenencia como genitivo de propiedad, está la noción y valoración de un tiempo, es decir, el arraigo remite a un tiempo, generalmente valorado positivamente; se trata de un pasado, un ayer, lo que fue, por consiguiente,

volver al espacio territorial del barrio significa retroalimentarse, incluso en lo culinario. Vivencialmente es un reactualizar los afectos y emociones, tanto personales como grupales. Quizá visto lo barrial desde esta imagen, como el lugar en que se ha nacido y transcurrido la infancia, se entienda plenamente la idea de Patria de Baudelaire: la Patria es la infancia; ciertamente una poderosa metáfora de pertenencia al espacio territorial.

No obstante lo anterior, el barrio, sobre todo el vecindario, esto es, los de este lado de la vereda y los de enfrente, si bien constituyen una fragmentación barrial, y por extensión de la ciudad, no admite, sin más, la fragmentación interna. El barrio no da lugar para ascensos en la jerarquía social, especialmente en la estimación del otro: es el espacio territorial en donde las relaciones sociales se dan inter-pares, porque así lo percibe el vecino; éste es un par, pues ser vecino es ser uno igual que no lo deja escapar de esa situación.

La percepción anterior no cambia independientemente de los logros de algún miembro de la comunidad vecinal; es más, en la generalidad de los casos la vinculación social se resiente, no es aceptada una progresión de vida más o menos importante; por ejemplo, convertirse en un profesional exitoso. Del mismo modo acontece con la materialidad, pues ésta rompe el equilibrio y equidad; no se trata de una envidia per se, sino del rompimiento de la igualdad. El estatus material provoca conflicto y alejamiento al punto que la persona se va a vivir a otro lugar para permanecer tranquila, ya que en el barrio viven los mismos, es decir, los pares.

Somos iguales mientras seamos iguales. Romper esa igualdad lleva a una fragmentación interna que no es admitida, pues rompe lo esencial aglutinante de identidad. Extrapolando el ejemplo, es lo que le está sucediendo a Chile con la barriada del cono sur: un buen alumno, aplicado y en progresión, pero es visto como un mal compañero, es decir, comenzó a ser diferente, ha roto el equilibrio, entonces es visto como un extraño.

En síntesis, el barrio es una fragmentación espacial y también social de la ciudad, pero no admite la fragmentación interna de otros límites que puedan remitir a algo diferente, ya que la base de vecindad barrial está determinada por una condición humana de igualdades lingüísticas, económicas, intelectuales, sociales, costumbres, aficiones y, en último término, por nivel de disposición de una materialidad promedio de bienes, es decir, lo que es y se es; en cambio, no se admite la diferencia, produciéndose un antagonismo a partir, que se entiende como distorsionante. Se rompe el “parentesco barrial”, se trata de una ruptura de lo repetitivo, de lo que se estaba acostumbrado a observar y vivir, en definitiva, no se acepta la ruptura de la cotidianeidad.

Bibliografía

- Fuente, Lisandro de la. Barrio y Vecino. Nociones de exclusión sociocultural, en <http://usuarios.lycos.es/rsalaya/paginas/colaboraciones2.html>
- Gravano, Ariel (2003). *Antropología Barrial. Espacios sobre producción simbólica de la vida urbana*. Buenos Aires: Espacio Editorial.
- Ramón, Armando de (1968). *Historia Urbana. Una metodología aplicada*. Buenos Aires: Clacso/Siap.
- Salazar, Gabriel (2003). *Ferías libres: espacio residual de soberanía ciudadana*, Santiago: Ediciones Sur.